

Miscelánea sobre el escritor

Precursores de Jorge Luis Borges

Si es cierta aquella idea de los estoicos acerca de una sustancia-logos universal de la que somos emanación y a la que volveremos, quizá sean accidentes la conversación, el amor, los rencores, el haber nacido, las bellas obras... Si Jorge Luis Borges ha creído en esa idea estoica, sus familiaridades textuales con artistas y pensadores de diversas épocas fue una auténtica profesión de fe, una manera de vivir en la «doctrina de los estoicos». En su dedicatoria a Leopoldo Lugones (1960) escribe: «...y usted, Lugones, se mató a principios del treinta y ocho (...) Así será (me digo) pero mañana yo también habré muerto y se confundirán nuestros tiempos y la cronología se perderá en un orbe de símbolos...»

Se le adjudican —con razón— patentes deudas con otros escritores. Deudas carnales a las que él mismo aludió: «cada escritor inventa sus precursores». En ocasiones no las reconoció con precisión; aunque sean fácilmente observables algunas como la metáfora del laberinto para representar la ciudad, aplicada antes —en el siglo XIX— a Londres por Thomas de Quincey. En este perfil, no menos famosa es la frase ya universal acuñada por Oscar Wilde, «la naturaleza imita al arte», dicha unas cuantas décadas antes de manera menos enfática por Heinrich Heine. Cabalgando sobre sus propias «deudas», Borges ha sostenido una ficción que remite las repeticiones —o los supuestos plagios— a meros accidentes del yo universal, la sustancia que contiene las «genialidades» individuales. Visto de otro modo, a la negación del tiempo adjunta la negación del yo individual, de lo que extrae enormes consecuencias literarias. Si no existe la sucesión, si los sustantivos son abreviaturas o cada palabra presupone las demás (la palabra árbol presupone la tierra y el cielo, las ilusorias formas del tiempo, los animales y la humanidad), todo escritor tiene sus precursores y todo lector crea el libro que lee. Si el lector lo crea ¿qué importancia tiene la condición individual paradigmática de escritor? No hay paternidad posible, nadie es alguien, somos nada, como exclama, a veces, en un alcohol melancólico, aquel que acaba de perder un gran amor.

Sin embargo, andando las páginas, o reciclando su prestigiosa verba oral, se advierte una especie de ofensiva originalidad. Borges avanza, avanza... y calla —como un aventurero decimonónico— cuando ha plantado su bandera, después que ha estampado una huella inconfundible.

El amor y la diablura del tango

Quiso que lo relacionáramos con ciertas obras, ciertos libros a los que se entregó de manera proverbial, y donde fantaseó que pudiera estar el signo de Dios, el secreto logos que contiene todas las cosas. Entre ellos, *La Divina Comedia*, que probablemente diera a Borges claves de una perversión mística del amor. En efecto, es fama que no faltaron mujeres en su vida, con quienes fue confidente y a veces «excitado caballero». Asimismo es conocida su prevención a las consumaciones sexuales. No cuesta conjeturar que en sus relaciones amorosas estableciera una forma de ascetismo u operación alquímica que uno siente ha significado la poesía para Borges: «convertir el ultraje de los años en una música, un rumor, un símbolo». Misteriosas y arcanas, algunas mujeres le acercaron la dicha y el estupor, quizá la secreta «vía del conocimiento». Las amó, al parecer, de manera abrasadora, atravesado por la ambigüedad propia de un ser de existencia lateral en ello. No es ocioso, dentro de esta conjetura, señalar que el mejor cuento (¿el más íntimo?) de su obra, «El Aleph», tenga a «Beatriz, Beatriz Elena Viterbo, Beatriz querida, Beatriz perdida para siempre...» como llave hacia la iluminación.

Pero —si oscura es la naturaleza humana— en la oscuridad hablada de Borges también hubo un fervoroso gusto por los primeros tangos, esa «diablura» anterior a la década del 1920: Aquellos que eran una música para el cuerpo, soliviantada e invasora. Tangos con letra irrelevante, aunque no desdeñable en esta memoria:

Yo quiero ser canfinflero
para tener una mina
mandársela con bencina
y hacerle un hijo aviador...
A mí me llaman pie chico
y soy de Montevideo
lo que digo con el pico
lo sostengo con el cuero.

Borges no pasaba por alto letras que celebraban el coraje malevo y el amor de los canfinfleros. Curiosamente, era la música que más llegó a emocionarle. Más tarde hay una contestación, una autoinhibición en Borges para aceptar la poesía popular que siguió a la tradición payadoresca o repentista en el Río de la Plata. Piensa que el tango-canción inventado por Pascual Contursi y Carlos Gardel sentimentaliza el arte popular, lo ablanda. El tango-canción que nace mentando un abandono amoroso, llorándolo, fue el comienzo del distanciamiento borgiano. En efecto, la oscuridad que

se introduce en el tango-canción, su manera ¡cuántas veces canallesca! de considerar a la mujer, siempre próxima y carnal por otra parte, podría haber sido la piedra de toque que aleja a Borges. Los personajes siguen dando tajos en el cuerpo de sus enemigos, siguen matando y muriendo porque nobleza obliga... pero saben que no pueden ocultar, que el coraje muchas veces se quiebra por el amor, que duelen las traiciones sobrevinidas con una mujer entremedias y que el coraje no sirve en tales casos, que hay celos, cuernos, llantos de abandono, etc. En ese umbral se ha detenido Borges, renunciando a salir de las figuras un poco arquetípicas, solares, de encuentro de hombres solitarios, de fines del siglo XIX en el Río de la Plata. Conviene agregar, por otra parte, que habiendo sido testigo de las dos últimas guerras mundiales, en verdad tampoco sospechó sentimientos épicos en ninguna de ellas. La destrucción masiva no llegó a engañarlo. El creía en las cargas de caballería de otros siglos y en las demostraciones del arrojo individual. Advirtió que en el siglo XX, fuera de los *cowboys* norteamericanos, o la mitificación de los cuchilleros rioplatenses, no había otros elementos de interés para una épica.

Antepasados, la ciudad, los otros, Jorge Luis Borges

Sabemos —por Borges y sus biógrafos— que las distintas líneas de familia que confluyeron en su vida desde la infancia presagiaban el destino de escritor. La presencia de un padre culto, mujeriego, con ideas anarquistas, aunque no exitoso en sus ambiciones literarias, fue aumentada por las amistades de familia. Tributaron en el adolescente y en el joven Jorge Luis exquisita riqueza de diferente índole: desde Evaristo Carriego, que ayudó a todos los poetas del tango, hasta Macedonio Fernández, peripatético y dialógico sabio, maestro de la «realidad independiente» del pensamiento. En Borges obran con poderosa intensidad ambos perfiles, a la vez que disciplina sus horas cotidianas en trabajarse para la condición de hombre de letras. Adolescente, junto a su familia, vive años en Ginebra impregnándose de lenguas europeas y de modernidad literaria; luego reside en España, que le otorga la maestría de Cansinos-Asséns y el ultraísmo.

Al lado de estos barruntos biográficos de perversa materialidad, hay que advertir el filón demiúrgico, hacedor, consigo mismo y su obra. Siguiendo, unas veces irónico y otras místico, la doctrina de la unidad universal del yo (yo es simultáneamente los otros), abrió en ello un propósito literario-metodológico desde la primera juventud. No era tan importante la individualidad hipertrofiada del ego-artista, ni siquiera la primaria modestia que le llevó a declarar que su obra no pasaba de una miscelánea; quería escribir un texto donde los otros se reconocieran, construir una casa del hombre donde uno pudiera entrar y salir creándola con su estancia, habitándola.

Desde muy temprano se ejerció en el conocimiento de su ciudad a la que, regresado de Europa, se entregó con «fervor». Diremos aldea grande, para apuntar mejor las

enumerables cosas que para Borges identifican y diferencian Buenos Aires. Las formas de la luz en los atardeceres, el color de las tapias, las bibliotecas, los cafés, la cercanía de la «desaforada» llanura, sus personajes que hicieron la orilla, el arrabal, la milonga, el tango, una oscura épica de esquinas proclive a las leyendas en el joven país. Antes de la acción que sistemáticamente se le negó —acción que suele citarse con la felicidad— en Borges insistió el *flâneur* y también el cronista que luego elaboró incansablemente relatos oídos. La mirada inquisitoria nada se perdía, salvo aquello que la aberración familiar condicionara. Aberración coronada en la convivencia con una madre tenaz, infaltable, gravosa de antepasados.

Su vida literaria estuvo, a la vez, imbricada de polémica y necesidad de exponer sus ideas en la arena intelectual. Pronto encontró claves definitivas de su arte poética y prosística, pero no hubo logro ni debate público que le arrebatara del permanente trabajo. Sobre el espectro de una ceguera anunciada desde largo tiempo supo —desde siempre— que hay un mundo tanto o más vívido que el visible; un mundo interior que se alcanza por la poesía y por ciertos sueños, desde luego. Con la conciencia de ello, se fue preparando para cuando el lento crepúsculo se convirtiera en noche. Y volvió —después de unos veinte años— a escribir versos —a dictarlos— desde sus ojos con la mirada vuelta hacia adentro. En el insomnio y en el sueño persiguió el espíritu de las palabras que revelarán lo escondido, lo que estuviera en la anunciación misma del verbo. Agnóstico confesado, sin embargo, sus procedimientos estéticos no fueron ajenos a metodologías sustentadas por diversas tradiciones esotéricas.

La intuición de su destino de escritor fue acompañada por el también temprano encuentro de un tono en la escritura. Si en una etapa ultraísta (principios de la década de 1920) busca osadas metáforas, trabaja con abundancia de adjetivización, en los años de madurez avanzó hacia lo simple, lo desnudo, lo sencillo si se quiere. Fue un camino de apreciable coherencia. Tal vez enmascarando su timidez, comenzó a combinar la narración con el ensayo; el cuento corto con los ensayos breves, hasta que un día culminó en la publicación de un texto sobre una novela (escrita en Bombay por un tal Mir Bahadur Ali) sólo existente en la inconfesada invención borgeana. El final de la anécdota, aparte de su ostensible belleza literaria, fue que lectores y amigos, incluso íntimos del autor rioplatense, encargaron la novela de Bombay en su edición inglesa... Si bien no quedó fijada la repetición del procedimiento, sí perfeccionó la antedicha combinatoria de narración y ensayo, antes del fecundo tránsito para Stevenson, Quincey, Kafka y otros. Pero en Borges, como en ninguno, fue herramienta para la definición del destino inexcusable de una obra que no precisó de la novela ni del largo ensayo para convertirlo en uno de los pocos escritores contemporáneos que quedarán.

★

Hubo un momento en la vida de Jorge Luis Borges —que algunos fechan en 1946 con escrúpulo espeleológico— en el que recupera el prestigio de la oratoria en su